

hoy. En el foco de dos congresos internacionales celebrados en Alemania

Seguramente, las literaturas centroamericanas nunca habían tenido una atención tan grande entre los estudiosos alemanes como en el mes de abril de 2002. Dos congresos, dedicados exclusivamente a ellas, reunieron durante casi dos semanas a un grupo significativo de autoras y autores de la región, así como a críticos de América Latina, Estados Unidos, Europa e incluso Australia: el simposio internacional “Literaturas Centroamericanas Hoy” celebrado en la Universidad Católica de Eichstätt en Baviera, del 17 al 20 de abril, y el “Décimo Congreso Internacional de Literatura Centroamericana” (CILCA) celebrado en el Instituto Ibero-Americano de Berlín, del 22 al 24 de abril. Participaron, como autores invitados, Julio Escoto (Honduras), Jacinta Escudos (El Salvador), Franz Galich (Guatemala / Nicaragua), Gloria Guardia (Panamá), David Hernández (El Salvador), Rafael Ángel Herra (Costa Rica), Dante Liano (Guatemala), Tatiana Lobo (Costa Rica), Vidaluz Meneses (Nicaragua), Ana María Rodas (Guatemala), Anacristina Rossi (Costa Rica) y Nicasio Urbina (Nicaragua).

La presencia de todos ellos y el intercambio entre autores y críticos fue un gran incentivo para fomentar en Alemania el estudio de las literaturas del istmo que, salvo algunas excepciones como Rubén Darío y Miguel Ángel Asturias, son casi desconocidas en Europa e incluso en otras áreas del mundo fuera de los límites regio-

que suscitaron los acontecimientos políticos, especialmente en relación con los movimientos de liberación y las utopías sociales. Y así, autoras y autores centroamericanos tuvieron algún éxito fuera de las fronteras de su país: Ernesto Cardenal, Gioconda Belli y –en un grado ya menor– Roque Dalton, Manlio Argueta, Sergio Ramírez, Omar Cabezas, Carmen Naranjo, Mario Monteforte Toledo, Augusto Monterroso, Roberto Sosa, Enrique Jaramillo Levi. Simultáneamente, y ante todo durante los últimos años, se publicaron en Estados Unidos y Canadá algunos estudios valiosos acerca de las literaturas del istmo, escritos la mayoría de las veces por críticos provenientes de Centroamérica que ejercen la docencia en algún centro académico de Norteamérica. En los países de lengua alemana, sin embargo, aún no se ha recuperado el retraso que caracteriza la recepción e investigación de las literaturas centroamericanas, algo que, desde luego, también se puede decir de Latinoamérica, como bien apuntaba el novelista y crítico literario guatemalteco Arturo Arias en su estudio *Gestos ceremoniales. Narrativa centroamericana 1960-1990* (Guatemala: Artemis 1998): “El discurso de esta región particular del mundo no sólo es marginal con relación a los centros de poder mundial, sino incluso a los pequeños centros de poder marginal: México, Buenos Aires, São Paulo” (11). Uno de los principales retos de los dos congresos fue precisamente contrarrestar esa marginalización y, al mismo tiempo, poner a prueba el criterio de Ramón Luis Acevedo (*La novela centroamericana*, 1982), según el cual el poco interés en las literaturas centroamericanas se debía a factores extra-literarios y no a una falta de calidad estética.

Literatura(s) centroamericana(s): ¿en singular o en plural?

¿Pero, qué quiere decir literatura(s) centroamericana(s)? ¿Es posible hablar de tendencias comunes en las literaturas o incluso de *una* literatura centroamericana en el contexto de una región que está formada por siete países, con una experiencia histórica muy diferente? ¿Cabe equiparar, por ejemplo, Costa Rica, que en estos últimos decenios conoció un período de paz, y cuyos índices económicos y sociales —pese a las innegables señales de una seria crisis— se asemejan más a los de un país desarrollado, con Guatemala, El Salvador y Nicaragua, que acaban de salir de un largo período de guerras civiles? ¿O con Honduras, que está entre los países más pobres de América Latina? ¿Y cabe equiparar Guatemala, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, que lograron su independencia formal de España en 1821, primero en el seno de la Federación Centroamericana y luego, a partir de 1938, como Estados independientes, con Panamá, que hasta 1903 fue una provincia de Colombia, o incluso con Belice, la ex-colonia británica (con el inglés como idioma oficial), que declaró su independencia recién en 1981?

La crítica en los mismos países centroamericanos ha estado orientada tradicionalmente hacia el concepto de literaturas “nacionales”. Fuera del área, sin embargo, se han venido favoreciendo para América Latina los conceptos de “zonas”, “regiones” o “subregiones” culturales o literarias: principalmente México, Brasil, los países andinos, la región del Río de la Plata, el Caribe y Centroamérica. A este concepto de una “zona” cultural centroamericana se opone el escritor guatemalteco / nicaragüense Franz Galich en su artículo “Prolegómenos para una historia de las literaturas centroamericanas” (en: *Ist-*

mo 1, 2001 <<http://www.wooster.edu/istmo/>>), alegando esencialmente dos argumentos. Por un lado, refiriéndose a las tradiciones prehispánicas, habla de una línea divisoria entre los pueblos que llegaron del norte (nahua) y los que vinieron del sur (chibcha), una línea que se inicia en el golfo de Panamá, sube por Costa Rica, pasa por los grandes lagos nicaragüenses y llega al vértice de Honduras y Guatemala: “Y si a esto agregamos la cantidad de idiomas que se hablan en Centroamérica, podremos dimensionar la complejidad lingüística y cultural que nos envuelve”. Por otro lado, se refiere a la historia de los Estados centroamericanos desde la independencia y resume: “Este puede parecer un problema más bien político que literario, si se quiere, pero trasciende la problemática meramente política dado que a lo largo de más de ciento cincuenta años de vida independiente para el Istmo y de colonialismo y de dieciséis de vida independiente para Belice, se han formado unas culturas propias y unas voces originales, literariamente hablando. Lo mismo puede decirse de Belice, ya que éste posee raíces y vasos comunicantes que lo hace ser similar al resto de países de la costa del Caribe centroamericano”. Según Galich, Centroamérica está conformada por los siete Estados: Guatemala, Belice, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá, “incluyendo, por supuesto, todas las regiones y áreas conflictuadas: pienso en la costa Caribe nicaragüense que reclama su autonomía, los garífunas de Honduras, los cunas de Panamá, etcétera”. Hay diversidad, pero hubo también influencias mutuas. Dilucidar en qué forma estos procesos se han manifestado en la producción literaria del istmo, en especial en las expresiones más recientes de las tres décadas pasadas, fue otro reto fundamental al que se vieron confrontados los participantes de los dos congresos.

Recuperación del olvido

¿Qué balance, a partir de ambos congresos, se puede hacer en relación con estas dos interrogantes principales? Es obvio que en varios centros de estudio así como entre diferentes investigadores particulares, tanto dentro como fuera del istmo, se está realizando una importante labor de rescate de los valores y obras de las culturas centroamericanas, ante el olvido y la marginalización. Sin embargo, aunque los procesos de pacificación y democratización (por cierto inconclusos), que cerraron una época aparentemente infinita de regímenes militares y guerras civiles y establecieron las condiciones formales para el rescate del acervo cultural, la investigación todavía se ve entorpecida por carecer de centros de documentación estables, bien equipados y dotados de suficientes fondos financieros, así como de medios de comunicación y publicación no marginales. Al mismo tiempo, en muchos de los países, las herencias ideológicas de los conflictos recién pasados todavía influyen en la vida académica y en el discurso literario-científico.

Así, los dos congresos en Eichstätt y Berlín se convirtieron, en parte, en un foro de presentación y debate de los resultados de estas pesquisas, que muchas veces se están realizando bajo condiciones precarias e inadvertidas por el gran público. Entre estos trabajos de rescate hubo ponencias sobre los tópicos más diversos: la cuentística centroamericana de las décadas de los cincuenta y sesenta; la narrativa de los procesos revolucionarios centroamericanos entre 1960 y 1990; el peso del Caribe en la literatura centroamericana; la re-emergencia del *Popol Vuh* en la narrativa contemporánea; la formación del espacio literario en El Salvador de finales del siglo XIX; o las representaciones de Sandino en la literatura nicaragüen-

se. En el congreso de Berlín destacaron dos mesas en homenaje al poeta Pablo Antonio Cuadra (*1912), último representante de las vanguardias nicaragüense y centroamericanas, poco conocido fuera de la región, que falleció en enero de 2002.

Ambos congresos también señalaron que la crítica literaria en gran medida ya no enfoca los “hitos” y grandes figuras de las literaturas “nacionales”, en sentido estrecho, dando un espacio cada vez más amplio a estudios regionales y comparados. Pero se notó que estas investigaciones se están realizando sin que se coordinen los esfuerzos ni los recursos y sin que se logre una mayor proyección en los grandes centros de estudio del área, faltando todavía la comunicación y cooperación continua y formalizada entre las diferentes instituciones y sus representantes. (En esta ocasión se presentó el proyecto de investigación para una “Historia de las literaturas centroamericanas”, que desde hace algunos años se está llevando a cabo por un grupo siempre creciente de estudiosos y que entre tanto se ha formalizado, siendo una de las instituciones más comprometidas la Universidad de Costa Rica.)

Tergiversación de la historia

Fueron presentados, en particular, numerosos trabajos basados en estudios comparados de las expresiones literarias más recientes del istmo, y en este contexto se distinguieron las ponencias dentro de las secciones dedicadas a los vínculos entre historia / historiografía y ficción / narrativa. Quedó muy claro que también en Centroamérica —al igual que en toda América Latina— la (nueva) novela histórica está experimentando un auge significativo, habiéndose transformado este (sub)género en una de las expresiones contemporáneas

más importantes. En la región, este *boom* de la escritura histórico-ficcional presenta unas características propias, que se explican por los vacíos, las falsificaciones y los tabúes de la historiografía oficial y por los requisitos de la historia como ciencia, que en la mayoría de los países del istmo sólo en los años noventa ha comenzado a liberarse del yugo político del Estado autoritario. De este modo, la ficción ha tenido en Centroamérica una significación innegable para rescatar la memoria histórica, en contra del olvido. Los novelistas —en palabras del escritor nicaragüense Sergio Ramírez (“Oficios compartidos III” <www.sergio-ramirez.org.ni>)— “imaginan ser los historiadores de una historia que necesita no poca imaginación para ser contada, y adivinada”.

Entre los diferentes intentos de explicar las causas del auge de la novela histórica en América Latina, ha predominado la posición de que tenía que ver todavía con la búsqueda de una identidad propia en el empeño de emanciparse de Europa. También se ha remitido a la situación de crisis cada vez más desesperada de América Latina, y a la confusión entre los intelectuales latinoamericanos políticamente comprometidos con los movimientos de izquierda durante los años setenta y ochenta, por el derrumbe de la Unión Soviética, el desmoronamiento del “modelo cubano” y el fin del proyecto sandinista que había creado un subgénero escapista. Muchos de los trabajos presentados en los dos congresos señalaron que para la novela histórica centroamericana contemporánea ya no se trata de construir identidades “nacionales” impuestas desde una posición hegemónica de poder, sino de presentar identidades diversas, heterogéneas y múltiples. Así, el debate sobre heterogeneidad cultural e identidades post-nacionales se coloca progresivamente en el centro del discurso literario. A la crisis político-

ideológica originada por la derrota de las utopías nacionalista-revolucionarias, la narrativa histórica responde con un canto de cisne de las concepciones de construcción de identidad nacional / colectiva, que dominaban el discurso político-intelectual en Centroamérica hasta los años ochenta.

Al mismo tiempo, la novela histórica centroamericana a finales del siglo xx presenta un doble reto: por un lado disputa el derecho exclusivo de reconstruir el pasado a la historiografía; por el otro, cuestiona la suposición fundamental de la novela histórica tradicional de contar la historia “como realmente fue”. La mayoría de los autores rechazan toda pretensión de escribir la historia en singular y desde un nuevo centro, o con el propósito de (re)presentar *una* verdad, sea desde un centro hegemónico, sea desde posiciones “alternativas”, desde abajo o desde los márgenes, lo que no sorprende ante el hecho de que la misma historiografía habla de historias (en plural). No es la historiografía (imaginación en función de la historia), sino la ficción (historia/s en función de la imaginación) lo que importa, y como la historiografía también la novela (histórica) renunció a una pretensión totalizadora, centralizadora y homogeneizadora. El interés de ambas es la desmitificación, su procedimiento es la “deconstrucción” de la historia oficial: la escritura de la historia desde perspectivas dispersas, múltiples, con voces diferentes. La estrategia de la nueva novela histórica es la tergiversación de la historia; su propósito: la historia como pretexto de la literatura y la historiografía como pre-texto de la novela.

¿Falsificación de la memoria?

Con este nuevo enfoque de “ficcionalizar” la historia, la (nueva) novela histórica —representativa de las literaturas contempo-

ráneas del istmo— ha superado el discurso testimonial, que por muchos años dominó el campo literario en gran parte de Centroamérica. Sin embargo, el congreso en Berlín todavía se transformó en la caja de resonancia de una polémica que se está llevando a cabo principalmente entre críticos norteamericanos y críticos y escritores centroamericanos. En concreto, las tesis de Emil Volek se hicieron eco de los ataques que el antropólogo norteamericano David Stoll lanzó contra el testimonio de Rigoberta Menchú, acusándola de haber falsificado (conscientemente) la historia y de haber servido como arma ideológica en la lucha de la guerrilla guatemalteca. Esta polémica, que llegó incluso a ataques personales, fue un tema también en Berlín entre los escritores guatemaltecos presentes en el congreso, quienes vivieron en carne propia la represión de los gobiernos militares en el país (como Dante Liano, Ana María Rodas y Franz Galich) y quienes se sienten ofendidos y burlados, en representación de miles de víctimas de su pueblo.

La disputa actual revela la existencia de un desfase cada vez más grande entre los debates (e intereses) entre la academia norteamericana y las posiciones de los escritores y críticos centroamericanos. Parece ser una prolongación del debate acerca de las premisas del discurso testimonial de antaño, con signos inversos: Retoma los argumentos de los aficionados del tradicional testimonio, como Margaret Randall, John Beverley y otros, para quienes este género representaba una forma más “verídica” de escritura que la novela o la literatura “tradicional” / “burguesa” e incluso la “verdadera historia” de los pueblos (centro)americanos para descubrir las imprecisiones y discrepancias de los “hechos reales”, en función de una especie de arreglo de cuentas con la izquierda guatemalteca / centroamericana. No es casualidad que se presentasen en el con-

greso de Berlín, como en los anteriores CILCA, un gran número de trabajos sobre el testimonio, especialmente por parte de estudiosos norteamericanos o latinoamericanos vinculados con universidades en Estados Unidos. Mientras que una parte de los críticos en los centros de estudio de las metrópolis queda aferrada a la pretensión realista-auténtica-verídica y no ficcional del testimonio (aunque sea para deconstruirla), en el discurso y aún más en la práctica de escritura de los centroamericanos se han superado estas suposiciones; y se han superado porque comprenden el testimonio desde una posición histórico-crítica como una forma de construcción y, hasta cierto punto, de ficcionalización de las realidades del istmo, que durante una época podía lograr una representatividad significativa. (En este sentido, las posiciones de Jacinta Escudos, Dante Liano y Anacristina Rossi, expresadas en la entrevista que se publica en este mismo número de *Iberoamericana*, son significativas.)

Ficcionalización de la diversidad

Las ponencias, recitales y presentaciones de libros de los dos congresos fueron una demostración impresionante de la gran riqueza y diversidad de las escrituras literarias centroamericanas en su representación de las realidades, tradiciones, “surrealidades” y mitos del istmo. Esto vale en particular para los trabajos que enfocaban las tendencias más recientes en las literaturas de la región: por ejemplo, la “narrativa de la violencia”, la “estética del desenfado”, la “narrativa de posguerra”; pero vale también para los trabajos dedicados a los otros géneros, la poesía y el teatro, y a corrientes y autores ya reconocidos y hasta “clásicos”, como Rubén Darío, Miguel Ángel Asturias, Rafael Arévalo Martínez, Mario Monteforte Toledo, Augusto Monterroso, entre otros.

Y valiosa fue también una serie de ponencias, que se destacaron por su enfoque multidisciplinario, como las presentadas en el marco de los estudios culturales.

Acerca del congreso de Eichstätt, Franz Galich escribió en un reciente artículo (en: *Istmo* 4, 2002 <www.wooster.edu/istmo/>): “El encuentro resultó de una riqueza verdaderamente increíble dado que en nuestros pobres países ‘postre’, como se nos llama ahora (ya no *banana republics*, como antaño), los que menos sabemos de nosotros somos nosotros mismos. Fue un encuentro verdaderamente literario y centroamericano”. En la sesión de clausura del simposio de Eichstätt se reanudó el debate acerca de la identidad y diversidad de las literaturas centroamericanas, y en la discusión –tanto como en muchas intervenciones durante los dos congresos– se convalidó la metáfora de los vasos comunicantes para las literaturas de los países de la región. Sin duda, el nicaragüense Rubén Darío, el Premio Nobel de Literatura guatemalteco Miguel Ángel Asturias, el círculo literario-político del salvadoreño Roque Dalton, el testimonio de vida y el Premio Nobel de Paz de Rigoberta Menchú han asumido una importancia que va más allá de las fronteras nacionales, con repercusiones en los países vecinos. Asimismo, los estudios sobre las tendencias más recientes revelaron que –no obstante las innegables diferencias– existen muchos rasgos comunes que permiten hablar de las literaturas centroamericanas como una entidad identificable. Si esta identidad será asumida por los mismos centroamericanos, y en especial por los escritores, es una cuestión abierta que encontrará su(s) respuesta(s) en las prácticas culturales-literarias del futuro.

Werner Mackenbach es profesor invitado de literatura hispanoamericana e investigador en el Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA) de la Universidad de Costa Rica (UCR) en San José.

**Valeria Grinberg Pla (V. G. P.)
y Werner Mackenbach (W. M.)**

Entre el desconocimiento, la pasión y la academia: ¿dónde está la literatura centroamericana?

**Entrevista a Jacinta Escudos (J. E.),
Dante Liano (D. L.)
y Anacristina Rossi (A. R.)**

La presente entrevista es uno de los resultados de casi dos semanas de intercambio intelectual y humano compartidas entre escritoras y escritores centroamericanos y críticos literarios durante los dos congresos dedicados a las literaturas centroamericanas que en abril de 2002 se realizaron en la Universidad Católica de Eichstätt y en el Instituto Ibero-Americano de Berlín (véase artículo aparte). En ella se presentan las opiniones de tres de las voces más destacadas de las literaturas del istmo en la actualidad. **Jacinta Escudos** (El Salvador 1961) es cuentista, novelista y poeta. Publicó las novelas *Apuntes de una historia de amor que no fue* (1987) y *El desencanto* (2001), los libros de cuentos *Contra-corriente* (1993), *Cuentos sucios* (1997) y *Felicidad doméstica y otros cuentos* (2002), así como poemas y otros cuentos en diversas antologías y revistas. En febrero de 2002 recibió el premio literario salvadoreño Juegos Florales de Ahuachapán por su libro de cuentos *Crónicas para sentimentales* (todavía no publicado). **Dante Liano** (Guatemala 1948) es cuentista, novelista y profesor de literatura en la Universidad de Brescia, Italia. Publicó los libros de cuentos *Jornadas y otros cuentos* (1978), *La vida insensata* (1987), *El lugar de su quietud* (1989),